

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

La última bomba Siempre es bueno interrumpir o terminar una guerra

El último bombardeo de la península indochina lo ha realizado la Fuerza Aérea norteamericana el día 15 de agosto. La fecha límite de estos ataques fue fijada como resultado de un compromiso entre el Congreso y el presidente. La larga, horrenda, innecesaria y cruenta guerra del Sudeste asiático toca a su fin. Duró la contienda, indeclarada, doce años. Costó al Ejército de los Estados Unidos cuarenta y seis mil muertos y cientos de miles de heridos. Significó para los pueblos del Vietnam, de Laos y de Camboya, millones de muertos, de mutilados, destrucción de ciudades, aldeas, carreteras y puentes; la defoliación de sus bosques; la craterización lunar de miles de hectáreas; el sufrimiento moral y material angustioso de unas naciones que malvivían en niveles medios, bajísimos, de riqueza, salud y cultura. Y todo ello, ¿por qué? ¿Para qué? La entera contienda del Extremo Oriente, iniciada bajo la Administración Kennedy en forma subrepticia; convertida en intervención masiva y abierta, bajo Johnson; continuada, primero, y liquidada más tarde con negociaciones políticas y diplomáticas por Nixon y Kissinger, careció desde sus comienzos de una finalidad coherente y racional. No se trataba de una zona fronteriza con los Estados Unidos. Ni los intereses de la gran República imperial, se ventilaban en aquella península. Ni la infantil «teoría del dominio» tan manoseada por los estrategas de salón en los años sesenta, tenía la menor base realista. Ni la caída eventual de Saigón, Pnom Penh o Vientian en manos de un Gobierno marxista prosoviético, pro-chino o sencillamente neutralista, significaba un acontecimiento decisivo para el futuro del sistema neocapitalista en el resto del mundo. Ni el tener una dictadura derechista adicta en Vietnam del Sur o un gobernante ultraconservador, parálitico, afecto, en Camboya, representaba en realidad gran cosa para el poderío de los Estados Unidos en la comunidad internacional. ¿Por qué, pues, la guerra de Indochina?

Algún día se escribirá la verdadera historia de este conflicto. Aparecerán, entonces, como en todas las grandes contiendas humanas, las causas y motivos que la originaron, unos profundos, otros banales. Cálculos basados en principios teóricos, aparentemente correctos, y otros, apoyados en informaciones radicalmente inexactas. La guerra de Indochina es la última guerra de corte colonial, inspirada y, después, protagonizada, por una gran potencia. Los Estados Unidos al intervenir en Indochina, trataron de llenar el vacío que el colonialismo francés había dejado allí. Curiosamente, mientras la concentración formidable del poderío nuclear en manos norteamericanas y rusas había creado a partir de 1960 la paridad atómica y con ella, la necesidad, a largo plazo, de un entendimiento entre Washington y Moscú que acabara con la guerra fría, algunos estrategas del Pentágono seguían adelante con el planteamiento de sus esquemas cronológicamente anticuados de una «guerra de contención» con armamento convencional abundantísimo y moderno, enormes efectivos y soporte logístico impresionante. La lucha

era tan desigual que los expertos dieron muchas veces la victoria militar por conseguida y la contienda por terminada. Sus pronósticos fueron totalmente errados. El Vietnam del Norte, sin apenas infraestructura industrial, con el masivo apoyo de la Unión Soviética y la benevolencia complaciente de la China popular hizo frente durante diez años a la avalancha de bombas, proyectiles, morteros y artefactos incendiarios que arrasaron la mitad del país. Los soldados norteamericanos lucharon con inaudito heroísmo, con valentía inverosímil en los difíciles parajes de la selva y de la marisma. Los indígenas contrarrestaron con valor suicida, sacrificándose a cientos de millares en ofensivas y contraataques demenciales. Fue una de las guerras más sangrientas de la historia moderna. Hubo en ella, junto al temple admirable de los combatientes, episodios de brutalidad salvaje, de terror incontrolado, de genocidio colectivo que la mancharon para siempre.

La guerra de Indochina que acabó este 15 de agosto, con el último bombardeo a los atacantes de Pnom-Penh, se inició con una falsedad, hoy documentalmente comprobada: el llamado incidente del golfo de Tonkin. Fue un pretexto, burdamente inventado para justificar la gradual intervención. Las guerras casi siempre comienzan por una mentira: por ejemplo, el telegrama de Ems que provocó la guerra franco-prusiana. O la atribución del crimen de Sarajevo a Rusia, que desencadenó la primera guerra mundial. O el supuesto ataque polaco a un núcleo fronterizo germano en Silesia que determinó la invasión nazi de Polonia. O la voladura del «Maine»... Una vez puesto en marcha el engranaje, las falsedades forman parte natural del torbellino psicológico de la lucha. En la guerra de Indochina no ha dejado de cumplirse esta ley universal. Pero ha tenido algunos aspectos espectaculares e inesperados. Por ejemplo, el bombardeo «secreto» de Camboya que duró más de un año sin que el Congreso de los Estados Unidos y, por supuesto, la opinión pública tuviesen la menor idea de esta abierta y mortífera acción emprendida en el interior de un país neutral contra el que no se había declarado la guerra. El bombardeo «secreto» de Camboya causó, según las estadísticas, decenas de miles de muertos entre la población civil, por la imprecisa naturaleza de los objetivos a alcanzar: guerrilleros dispersos en la selva. La abrumadora potencia de esos bombardeos —sobre Indochina han caído en estos diez años siete millones y medio de toneladas de explosivos, es decir, tres veces más que todos los bombardeos aéreos americanos durante la segunda guerra mundial— causa un cierto escalofrío por la implacable y distante objetividad con que se aplica y maneja esta «masacre» colectiva, indiscriminada y desproporcionada. Cuando el magistrado de la Corte Suprema de Washington, Douglas, formuló a fines de julio la célebre sentencia ordenando la suspensión de los bombardeos sobre Camboya, su actitud no fue seguida por sus compañeros de Tribunal, probablemente porque pensaron que al cabo de muy pocos días

—el 15 de agosto— los ataques iban a cesar en todo caso. El magistrado contestó que si se podían ahorrarse unos cientos o unos miles de víctimas inocentes, bien merecía la pena intentar la acción judicial. «Porque la muerte de un ser humano es un hecho irrevocable.»

Nixon anunció reiteradas veces que los Estados Unidos no tomarían parte en la guerra civil de Camboya. También prometió solemnemente al Congreso que no habría bombardeos tácticos en el interior de aquel país. Ninguna de estas promesas se cumplieron. Este cúmulo de abiertas contradicciones, de obvias inexactitudes, de anuncios falseados, más la revelación de los horrores de la infra-guerra, realizada por el relato de testigos y protagonistas ante la prensa, la opinión y el Congreso, han llevado al cabo de los años a una verdadera crisis moral en el seno de la sociedad norteamericana. La gente no se pregunta solamente cómo se pudo llegar a una guerra tan inútil, tan ilegal y tan inhumana —denunciada una y otra vez por personalidades tan poco sospechosas de filo-marxismo como Su Santidad el Papa y el presidente de Gaulle—, sino cuáles fueron las causas que embotaron la sensibilidad estadounidense desde 1963 para dejar que el conflicto con su inevitable cortejo de monstruosidades se continuara durante años. Es una pregunta que se hace uno con frecuencia cuando contempla en la historia la aparente indiferencia de una sociedad que convive con una situación gravemente injusta. Hannah Arendt, en su conocido ensayo sobre el régimen nazi, da una explicación original que viene a decir que la intrínseca maldad del sistema hitleriano se hizo tan cotidiana y rutinaria que las personas más respetables y dignas de Alemania se fueron acostumbrando a ello como parte inevitable del orden establecido. Puede que en Estados Unidos ocurriera algo semejante con la guerra de Indochina cuya indiscutible e innecesaria crueldad se acabó aceptando como parte de un escenario previsto. Como último acto de una gran tragedia irónica, los bombardeos finales sobre Camboya se hicieron, por error, sobre combatientes y civiles adictos al régimen pro-americano de Lon Nol causando muchas víctimas. ¿Para qué este disparate postero? Es como si el destino hubiera querido sellar con un macabro episodio el tremendo proceso iniciado en 1962 cuando unos centenares de «expertos» tomaron sobre sí la responsabilidad de organizar, desde Saigón, un bastión del anticomunismo militante.

La última bomba ha caído sobre el suelo de Camboya el 15 de agosto, y el piloto que mandaba el aparato que la lanzó, interrogado por los periodistas al regreso de su misión, se limitó a manifestar con sobriedad militar que siempre es bueno interrumpir y terminar una guerra sean cuales fueran sus motivaciones. Y es que, como afirmaba el juez Douglas, los caídos no resucitan y su muerte es siempre una triste cosa irrevocable.

José María DE AREILZA

PASION COLECCIONISTA LAS COSAS Y SU VALOR

DICEN que suele comenzar como un «hobby» y que puede terminar en pasión absorbente y turbia. Hablo del coleccionismo. Hoy lo vemos extenderse en términos aparatosos. Cada día hay más gente, al parecer, que procura coleccionar algo: sellos, antigüedades, autógrafos, postales, monedas, pinturas, libros, estampas, lo que sea. Y hasta se fomenta la afición en los niños, con el truco de los cromos. A veces se justifica la «manía» con excusas culturales, y cabe decir, en efecto, que el argumento no carece de entidad. Al fin y al cabo, la numismática se convirtió en asignatura universitaria, y ahí están los museos; también aseguran que la filatelia ilustra, y estoy dispuesto a aceptarlo; y, sin duda, los chicos aprenden un poco de fauna y flora, geografía y fútbol, y más disciplinas útiles, a través de sus álbumes. Pero lo importante es el entretenimiento. Se trata de una manera como otra cualquiera de mitigar el aburrimiento, y no es una casualidad el hecho de que sea ahora, precisamente, época de euforia coleccionista: una parte del vecindario empieza a disfrutar de mayores cupos de ocio, o sea, de tiempo y dinero. La caza y captura del objeto coleccionable no es sencilla, lo cual constituye el aliciente secreto de la operación.

Porque no todo es susceptible o —al menos— digno de ser coleccionado. Tanto vale, por supuesto, la caja de cerillas o el envoltorio de cigarrillos como una tabla gótica, una joya como un naipes, un pergamino como un botijo. La materialidad «real» de la presa descendiendo a un segundo término: acumular dinero de circulación vigente no es lo mismo que coleccionar monedas, salta a la vista, y un miserable plato medieval supera en atractivo a las porcelanas más selectas de reciente cocción. Para que el coleccionismo encuentre razón de ser, para que se despierte esa singular avidez de posesión que caracteriza al coleccionista, resulta indispensable que la cosa a obtener se distinga por su «rareza». Y entiéndase «rareza» en un doble sentido: o que se trate de objetos escasos, o que simplemente sean difíciles de conseguir.

Son escasos los incunables, los sellos de hace cien años, las pinturas de Nonell; son difíciles de adquirir, o relativamente difíciles, unos cromos de chocolate que completan una serie, la última emisión conmemorativa de la independencia de tal o cual país ex colonial, un jarro de artesanía remota, un póster del difunto Batista. Improvisó los ejemplos. En todo caso, la diferencia es clara, y lo es la convergencia. El coleccionista necesita el obstáculo.

Y lo necesita, insisto, por un motivo muy natural: en eso radica la salsa del asunto. En primer lugar, le satisface el tener lo que nadie o casi nadie tiene: sellos, corbatas, firmas, juegos de café, novelas eróticas, lienzos de pintor famoso, mariposas muertas, litografías románticas. El chaval, en el colegio, se sentirá orgulloso de sus cromos o de sus minerales; las personas mayores, ante sus amistades, podrán exhibir la pinacoteca doméstica, los muebles auténticos de estilo, los cacharros folklóricos, billetes de lotería o entradas de toros, gemelos de puño, miniaturas de barcos. Es una parte del placer que proporciona el coleccionismo. La otra consiste en explicar las penas y fatigas que costó el recoger lo recogido. El «mérito» está en eso. La «rareza» de los elementos coleccionados confiere una titulación de suntuosidad y de heroísmo al repertorio selecto de los trastos más deleznable o tontos. Para reunirlos hizo falta dinero, paciencia, la chamba de un regalo amistoso, el azar de los encantos. Dios sabe qué más. El ideal del coleccionista sería el conseguir una «colección completa», y afortunadamente para los interesados, nunca se llega a tanto. La ilusión de obtener la pieza que falta alimenta su ánimo y su conversación: le redime del tedio. Que es el «quod erat demonstrandum», en principio.

La historia del coleccionismo abunda en rasgos patéticos y a la vez grotescos: cuando el «hobby» asciende a «pasión», las consecuencias son imprevisibles. La persona más honorable descendiendo al robo, por ejemplo, y sin remordimientos; los ladrones de libros —me refiero a los libros de excepción— se reclutaron siempre

entre sabios y ricos, y los asiduos de archivos y bibliotecas han depredado los fondos públicos de mala manera, aquí un documento, allá una marca de plomo o de cera, más allá una página de revista. Las zancadillas y las trampas entre coleccionistas del mismo ramo son habituales: su anecdótico, poco aireado, se presta a pasadas reflexiones. El crimen no queda descartado. Inventada o cierta, la leyenda «del librero asesino de Barcelona» —el señor Miquel i Planas, si no recuerdo mal, le dio un cierto curso, mediante una narración terriblemente verosímil— sirve de dato próximo. Lo que en este tipo de circunstancias se debate no es el «precio» —quiero decir: el valor en mercado— del objeto, sino la feroz, irracional, magnífica obsesión por apoderarse o retener su fascinante «rareza». El librero asesino —vendió un libro conspicuo, se arrepintió de haberlo hecho y para recuperar el «bouquin» mató al cliente (poco más o menos)— nunca habría leído el mamotréto en cuestión, probablemente. ¿Para qué? No le seducía el «uso» del libro: sólo su posesión. Su «rareza».

Sin llegar a tales extremos, las maniobras del coleccionismo se han aplicado a crear artificialmente la situación de «rareza». Era inevitable. Una vez en marcha la máquina, no faltaría un listo que la aprovechara. De por sí, la ansiedad de los coleccionistas ya tenía que crear una industria y un comercio especiales. No los vemos relacionados en los papeles de los economistas, ni en las estadísticas oficiales, pero funcionan con una creciente expansión. El intermediario no se chupa el dedo, y va a lo suyo: las falsificaciones, la especulación y los corretajes fluyen con un desahogo admirable. Uno de los caminos para ampliar la colección es el de «comprar», y ahí se abren excelsas eventualidades. ¿Qué coleccionista —ingenuo— no tiene un sello o una moneda de Carlos VII, procedentes de la penúltima guerra carlista? Sumándolos todos, sellos y monedas, nos llevarían a cifras que hubiesen dejado boquiabierto al Pretendiente: los camarileros belgas de la época ya se encargaron de copiar

y multiplicar la modesta peripecia de la Corte de Estella. Y así sucesivamente. Y no digamos ya la posibilidad de provocar la «rareza» de entrada. Los bibliófilos y los clientes del grabado montan previsiblemente la «escasez», al reducir las tiradas al mínimo. Hubo un fulano, en Valencia, hace años, que publicó un libro —tres volúmenes— en una edición de doce ejemplares. Son ganas de fastidiar. Aunque, la verdad, ese engendro carecía de interés. Un día me lo ofrecieron por mil pesetas. No lo compré, claro.

El coleccionismo, el barato y el caro —el del Mercado de San Antonio en Barcelona y el de las subastas disparadas de algunas salas de arte de Madrid—, da jornales a bastante gente, hoy por hoy. A niveles de céntimos, como en los cromos, y a niveles de centenares de miles de pesetas, como en los Sorollas, los Romero de Torres, los Zubiaurre. El cambalache tiene prevista una vitalidad larga y grasa. Las «cosas», con el tiempo, dejan de ser cosas y se convierten en mitos; las «cosas», cuando son pocas o insólitas, son mitos y no cosas. Da lo mismo que nos refiramos a un dibujo original y firmado de Goya que al miserable cromo infantil impreso maliciosamente con restricciones. Y los mitos «no se pagan»: carecen de tarifa razonable. Su «valor» pertenece a un área febril y aventurera de la compra-venta. En la cual, más que en cualquier otra, sigue rigiendo la ley de la oferta y la demanda. Se parte del principio de que la oferta es estrecha, y, además, capciosa. ¿Qué «vale» una caligrafía de Napoleón, o de Hitler, o de Miguel Strogoff? ¿Qué «vale» un Rafael? ¿Qué un sello de Kenya, mal entintado y sin dentar, conmemorando una visita del Príncipe de Gales, y con la cara del príncipe invertida? ¿Qué «vale» ese cromo que su hijo nunca podrá pagar a su álbum? ¿O una biblia de Gutenberg?... Son mercaderías convencionales. El coleccionismo es una «convención». Como una partida de ajedrez.

Joan FUSTER



GAÑE MUCHO DINERO en su casa con las nuevas tricotas japonesas SILVER o EMPISAL. Garantizamos trabajo todo el año, directo de nuestra fábrica. El aprendizaje es fácil y gratuito.

Desde el primer mes, ya podrá pagar los plazos de la tricota con sólo una pequeña parte de los beneficios que obtendrá. Puede adquirir la máquina sin necesidad de pagar entrada y a largo plazo.

Sra. Consuelo

Preséntese a la Sra. Consuelo de TEXTILMA, S. A., Vía Layetana, 23, bajos, Teléfono 3102000 y 3102004. Barcelona.

UN SISTEMA DECISIVO
Si es persona mayor de 18 años, soltera, libre o viuda y quiere amistades o desea casarse. Encontrará lo que busca en los «Mensajes del Club» mensual, privado. Folleto confidencial. Envíe 6 sellos de 2 pts.
RELACIONES-CLUB
apartado, 460 SABADELL
En Barcelona: Un Mesón-Bar para reunirse

Papeles Pintados
Cresta SUPERLAVABLES
TENEMOS EN NUESTROS ALMACENES LAS NUEVAS COLECCIONES 1973-74
DESDE 50º PTAS. ROLLO DE 10 M.
ENAMORADOS, 38, GALILEO, 278 - TELEFONOS: 225 18 04 - 245 95 50